

LA CARTA NAUTICA DE 1424 VENTANA DE AMERICA

Escribe: URIEL OSPINA

Ya desde fines del siglo XIV en Portugal se ha comenzado a mirar los asuntos del mar como asuntos particulares del reino. Joaõ I, su hijo Enrique II el Navegante y sobre todo Joaõ II, declaran tácitamente que si el Adriático y el Mediterráneo son los cotos de caza reservados a venecianos y a genoveses, el Atlántico ha de serlo única y exclusivamente para los portugueses. Los gallardetes con los colores lusitanos empiezan a pasearse por las costas orientales del mar Océano, de Oporto a Cabo Verde. Es el comienzo de la Gran Aventura. Los técnicos en asuntos de marinería de que disponen los monarcas de Portugal, viejos lobos de mar retirados, no se dedican a curar pipas ni a meter diminutas pinzas dentro de las botellas de vino vacías, sino a instruir a quienes han de formar el relevo. La ciencia náutica se desarrolla en Portugal sin que para ello sea preciso acudir a los venecianos de marras. Cartógrafos, contramaestres, dibujantes, cosmógrafos e inclusive matemáticos, son gentes que abundan en tierras portuguesas del mismo modo que por la época están sobrando en París los teólogos sorbonistas. El rey portugués crea un cargo oficial que tiene casi tanta importancia como el del Gran Visir en tierras de moros y es el de "Gran Maestre de Agujas de Marear", es decir, algo así como en nuestros días un secretario de estado adscrito a la marina. Desde el momento en que alguien ha empujado un poco la audacia para ir hasta las Azores los cuentos de San Brandan comienzan a caer en el olvido. La realidad, ciertamente, sobrepasa la ficción. Entonces empiezan a menudear los portulanos que son unos papeles tostados en donde está escrita a rayas, grados y minutos toda la gesta de la pobre geografía medioeval.

Un poco avanzado el siglo XV, en el año 1424 más exactamente, aparece un curioso portulano conocido de todos los navegantes portugueses y de no pocos venecianos y genoveses de los que tienen por oficio el de vagabundear a bordo de cualquier cosa. A primera vista esta carta no tiene nada de particular: es un portulano como hay tantos en la época, salidos de la casa de cualquier viejo piloto que ha parado en cartógrafo. Pero es que este, un pergamino de 8.97 mm. de largo por 7.50 mm. de ancho (1) está terminado en su parte izquierda de la misma manera que lo

están todos los portulanos de la época por un trapecio irregular en donde se inscribe la cartela ornada de algunos soplones (que tienen los carrillos inflados como los angelitos que pinta Murillo) a quienes les estuvieran doliendo las muelas. No está encerrada —como lo estarán posteriormente todas las cartas geográficas posteriores a Mercator— por un cuadrículado de paralelos y de meridianos sino por un curioso sistema de *telas de araña* que consiste en unir por medio de líneas rectas todos los diversos puntos de varias rosas de los vientos dispuestas en diferentes sitios del plano, lo que da una telaraña dislocada, de lectura difícil aún para el navegante avezado. Esta carta náutica de 1424 difiere en muy poco de las cartas de marear medioevales que han salido de los talleres venecianos de Angelino Dall’Orto, de Grazzioso Benincasa, de Andrea Briario, de los hermanos Pizzigani o de los anónimos dibujantes del Atlas de Médicis, del catalán Guillermo Soler o de Abraham Crespues. En ella aparece el consabido trapecio irregular del Mediterráneo —reminiscencias de la influencia ptolomeica— la piel de toro de España en la punta izquierda, el Levante a la derecha (bien entendido), un poco de Numidia, de la Arabia Felix al meridión y la “Inghilterra e otras ínsulas” al norte. El todo con un lujo de detalles minuciosos sobre los puertos de Creta, por ejemplo. Pero, caso más grave aún, con una temeridad cartográfica que raya en la osadía en lo que hace relación al Mar Océano. Las Islas de San Brandan que ya se llaman Afortunadas, Canarias u Ordago, son el límite del mundo. El siglo XIV se muere y su geografía es casi la misma que la del siglo V.

En este portulano de 1424 aparece, sin embargo, algo que ya es nuevo en una carta de navegación europea del siglo XIV. Y es que al lado izquierdo de Hispania —que allí se llama ya Castilla cosa que indica que su autor es portugués entre cuyos cariños no está precisamente España— más allá de las Islas Afortunadas y en el sitio en donde los portulanos de Grazzioso Benincasa y su escuela de cartógrafos suelen poner el cartucho con sus Favonios, aparecen dos rectángulos bastante irregulares, algo así como dos pieles de conejo puestas a secar clavadas en un tablón. Sus contornos están hechos de entrantes y salientes circulares como rúbrica de escribano meticuloso y asmático. Ambos rectángulos tienen casi las mismas dimensiones, tan grandes como toda la tierra de Portugal que está al frente, a la derecha, los dos bien acentuados, de tintas rojas que dan la impresión de dos descuidos de tinta en un dibujante inexperto sobre la inmensa mancha azul del océano. Estas dos manchas rojizas no habrían llamado la atención de nadie, ni siquiera de su descubridor, Armando Cortessaõ, si en una de ellas no se pudiera leer claramente algo que dice:

Ista ixola dixeno Antilia

lo que traducido del italiano-latín-portugués-castellano-aljamiado en que parece estar escrito, significaría que ya a comienzos del siglo XV la existencia de las Antillas, ventana de América, no solamente era conocida de los navegantes europeos sino que ya estaba señalada en los portulanos portugueses de 1424.

Ni más ni menos.

La cosa no era nueva, sin embargo, salvo en las cartas. Ya desde el año de 1367 el nombre de "*Antilia*" aparece por primera vez en un portulano de Doménico Pizzigani, cartógrafo de Venecia que con sus hermanos, Francesco y Marco, tiene instalada en aquella ciudad algo así como un almacén de artículos geográfico-marítimos en donde venden portulanos, sextantes, brújulas, cables, cuadernos de bitácora, libros de viajes y recetas para evitar el mareo. Los Pizzigani son expertos dibujantes de planos, así como otros son grabadores de papel para música, o como posteriormente Stradivarius hará violines y los suizos de nuestros tiempos, relojes. En esta carta de 1367 aparece por primera vez el nombre de *Antilia* pero de ello no hay que alegrarse demasiado. Allí no se trata de la *Ixola* como en el portulano portugués de 1424 o del cuero de conejo puesto a secar en un tablón sino de un nombre escrito al azar bajo la consabida figura del soplón mofletado que desde un ángulo de la carta parece exhalar un "uf" porque le están doliendo los carrillos hinchados. Los Pizzigani no deben estar muy seguros a ciencia cierta de que haya algo más allá de las Afortunadas que se llame *Antilia* pero de lo que el observador del siglo actual sí puede estarlo, y mucho, es de que estos honrados cartógrafos no se han inventado este nombre ellos solos así de buenas a primeras. Cincuenta años antes de que el portulano de la "Biblioteca Philippica" los consigne, más de cien antes de que Colón ponga sus pies en Guanahani, ya el nombre de *Antilia* en su primitiva ortografía circula por los talleres de los cartógrafos venecianos. Bien es cierto, por otra parte, que el mapa de Pizzigani se contenta con poner este nombre como una simple atracción publicitaria debajo de una figura humana como ella aparece en tantos pergaminos de la época, pero no es menos cierto que a su taller de Venecia han podido llegar vagos rumores traídos por las gentes del mar, de la existencia de esas islas misteriosas existentes más allá de las Afortunadas que no son tampoco Cipango ni la China lejana. De todos modos el nombre de *Antilia* no es raro encontrarlo en los portulanos de los cartógrafos contemporáneos a los Pizzigani. Se le halla también, por ejemplo, en el de Nicola Pasqualini (1408) (2); en el de Albertino de Virga (1409) (3); en el de Francesco de Cesaris (1421) (4); en el de Giacobi de Giroladis (1422) (5); en el de Cola del Briático (1430) (6); en el de Andrea Briario (1436) (7). Muchos de ellos no saben en el fondo exactamente de qué se trata pero para todos el nombre tiene un recóndito interés aunque no sea sino en la Carta Náutica de 1424 en donde aparezcan las primeras explicaciones.

Que son muy vagas, por otra parte. Sobre la *Ixola Antilia* solo aparecen cuatro nombres a cual de todos más vago, también: *Satanazes*, *Saya*, *Imama* y *Antilia*. Su existencia, al mismo tiempo, no parece ser una mera suposición que tenga por base otras suposiciones. La carta de 1424 no es más explícita porque no puede serlo. No dice por ejemplo, de dónde ha tomado este curioso nombre de *Antilia*, si es que algún marino ha logrado aventurarse hasta las actuales Antillas o si, como en el asunto de San Brandan, su existencia no pasa de ser una utopía. Lo que sí hay de cierto es que allí no se trata de una nueva denominación suplementaria de Cipango, ni de Trapobana ni de la Atlántida ni cosa por el estilo. ¿Se tratará entonces ya de América? Es posible. Así por lo pronto lo sostiene Armando Cortesao. "A esta isla la llaman *Antilia*" dice clara-

mente el cartucho. El nombre es bien portugués, a lo que parece, al menos en su grafía del portulano: *ante-ilha*, isla que está más acá, isla que está *antes* de algo como lo están ciertamente las Antillas actuales en la antesala de América. Y antes de qué, entonces? Antes de algo que no se conoce cuya existencia se sospecha y de lo que desgraciadamente nadie tiene una certeza científica.

Hay algo de misterioso y de poético en este embarazo de América en los planos y mapas europeos anteriores al Renacimiento. Porque es evidente: Europa, o mejor, los navegantes portugueses, catalanes y venecianos, sienten *físicamente* la presencia de algo extraño que se ha interpuesto poco a poco en el mundo de la geografía del siglo XV. Ya se adivina que hay algo detrás de todas esas leyendas y de todas esas invenciones e historietas. Los viejos marinos portugueses, los que han acompañado a Bartolomé Díaz, a Vasco de Gama, los cartógrafos venecianos, los marinos de todos los puertos intuyen que el mar océano va a dar a luz, así como saben a bordo por el viento o por el color del mar en el crepúsculo si al día siguiente habrá temporal o calma chicha. Hay una efervescencia en todos los puertos de Europa, de Venecia a Lisboa, sobre lo que puede resultar de un momento a otro más allá de las Azores. La atmósfera está cargada. Hay una ostensible gravidez de la tierra y nadie duda ya que esta va a dar a luz. Lo que había empezado por ser una utopía en los diálogos de Platón de las leyendas medioevales en las *sagas* islandesas o en los *imramas* nórdicos cobra vida poco a poco, así como el fotógrafo ve aparecer sobre la cartulina al contacto del agua, las figuras. La América ha nacido mucho antes de venir al mundo. Ha nacido en las suposiciones de los navegantes, en las sospechas de los marineros, en las deducciones de los cartógrafos. Lo que Colón descubre un día por las vías de la casualidad toda la gente riberana del Mediterráneo lo sabe de tiempo atrás. Y toda ella, de repente, antes de que el genovés haya nacido siquiera, empieza a sentirse con vocación marinera en este siglo XV. Los mozalbetes sueñan en Setúbal, en Palos, en Génova con esos lejanos países habitados por los negros que los portugueses han descubierto más abajo del cabo Bojador. El que no puede ser marino por viejo o por falta de coraje no encuentra mejor compañía que la de los marineros. Europa ha descubierto de repente, como quien se encuentra una moneda de oro en la calle, una vocación marina. Ya no se construyen catedrales góticas ni se hacen canciones de gesta. Ya no se copian manuscritos en los monasterios, ni las famosas Ferias de Flandes atraen a los comerciantes de toda Europa. La gran moda es el oeste, el mar, lo desconocido. La sensación de una riqueza nueva que es preciso ir a buscarla a bordo de las pinazas que bailan un fandango endiablado sobre el estrado movedizo del Atlántico se impone en la imaginación popular. El mundo europeo escruta el horizonte desde todos los puertos y desde todas las cofas de los bergantines los cuartos de guardia ya quisieran ver antes que nadie como es esa Tierra Prometida. Cómo es de bello este coraje popular volcado sobre lo ignoto que hay para robarle al mar. Entre 1450 y 1500 la América se muere. Se muere por consunción. Pero no lo hace con esta muerte de cartulina postal que suelen reproducir todos los manuales de historia bajo los golpes de cimitarra de los turcos al entrar en Constantinopla. En absoluto. La Edad Media se muere ahogada en el mar Océano cuan-

do los portugueses se lanzan a navegar por el Atlántico porque la tierra que tienen no alcanza para todos, de tan diminuta que es ella.

Y poco a poco Venecia la rica, Venecia la poderosa, Venecia la Imperial, Venecia la del Dux que desposa su ciudad con el Adriático cada año lanzando a las aguas una sortija, Venecia la de Shylock, la ciudad de los brocados, de las góndolas, de las "canzonettas" de amor que cantan los tenorinos bajo las arcadas del *Ponte degli Sospiri*, Venecia la de la leyenda de tajos y cuchilladas a la luz de la luna, la de los pintores coloristas y armoniosos, Venecia la de las hembras lascivas que se visten de sedas orientales y ponen en sus manos y en su cuello sus mejores gemas para recibir un amante, Venecia la de los mozos pendencieros y enamoradizos, de los comerciantes y de los prestamistas inescrupulosos que tienen agencias y "mostradores" en toda el Asia Central, de damiselas que se trajean de colorines vivos como un cuadro del Tizziano, la propietaria particular de todos los mares sobre los que navegan galeras y carracas, Venecia la de Marco Polo, la del Canaletto, la de los Pizzigani y de los Dandolo, que si bien lo quisiera podría ser la caja fuerte, el banco y la despensa del mundo entero conocido, pues bien, Venecia empieza a quebrar aparatosamente.

Y al mismo tiempo que se apaga su estrella, la de los españoles y portugueses se enciende como una lucecita cada vez más brillante y lejana, allá al fondo del horizonte, en los confines del mar Océano.

Esta nueva estrella se llama América.

NOTAS

- (1) Su original se encuentra en la "Bibliotheca Philippica" de Londres registrado con el número 25.924.
- (2) Viena. Nationalbibliothek.
- (3) París. Bibliothèque Nationale.
- (4) Venecia. Museo Cívico
- (5) París. Bibliothèque Nationale.
- (6) Siena. Biblioteca Comunale.
- (7) Biblioteca Martiana.